

el poder nacional; porque sola aquella es el vínculo de los hombres, la base de la moral y la recompensa de las virtudes. Es necesario establecer entre todos los ciudadanos irreprochables una mancomunidad de reputacion: entonces vosotros infames delatores, pareceréis en pequeño número, y los extranjeros que nos observan, reconocerán á la nacion francesa cuando esté separada de vosotros: ellos aprenderán á respetar la Francia cuando vosotros no hagais parte de ella; y nos juzgarán dignos de su estimacion al ver que os miramos con el mayor desprecio.

## ELOGIO

### DE SIR SAMUEL ROMILLY

Pronunciado en el Ateneo de Paris, en 26 de Diciembre de 1818.

*Señores,*

Habeis manifestado un grande deseo de que uno de los fundadores del Ateneo pronunciase en este mismo lugar el elogio de un extranjero ilustre que pertenece á todos los paises, porque ha obrado á favor de todos, defendiendo la causa de la humanidad, de la libertad y de la justicia. Os habeis dignado darme este encargo, porque habiendo yo sido acogido durante la época tristemente célebre de 1815 y 1816 por este hombre respetable, al que habeis decretado este homenaje, he tenido lugar de ver mas

de cerca sus virtudes privadas, sus trabajos patrióticos, y la veneracion con que todos los partidos le miraban. Una de las ventajas de un sistema de libertad real y pacífica es el que cada partido, justo recíprocamente para con los hombres eminentes de la opinion contraria, se complace en recompensar con un sufragio noblemente imparcial la integridad del carácter, la pureza de las intenciones, y la superioridad del talento. Esta ventaja sobrevive algunas veces á la libertad que la había producido; y aquel territorio, que, por haber atentado muchas veces á los derechos de otros pueblos, y pretendido hacer un monopolio de estos mismos derechos que pertenecen á la vasta familia de la especie humana, ve por una retribucion remuneradora que su propia constitucion se halla trastornada y casi destruida, conserva sin embargo por algun tiempo la tradicion de una equidad generosa en su

interior y para con sus ciudadanos distinguidos.

Me extenderé poco sobre la vida privada del caballero Romilly, porque un hombre muy moral en su interior, muy puro en su carrera pública, que vive en un pais en donde la constitucion protege á los ciudadanos en su seguridad personal y en el ejercicio de sus facultades, no puede ofrecer muchos acontecimientos. Descendia de una familia protestante, del número de aquellas que salieron de Francia despues de la revocacion del edicto de Nantes. Su fortuna era escasa; y conociendo que una de las desgracias y de las necesidades de la condicion social era el tener una cierta porcion de riquezas, que es la que únicamente puede asegurar la independenciam, se prometió adquirirlas, sin perder en nada la integridad de su carácter, no precisamente con el objeto de que le sirviesen á él, sino mas principalmente á su familia. El amor

que concibió por la bella y virtuosa persona, á cuya pérdida no pudo sobrevivir veinte años despues, no pudo separarle de su resolucion; y manifestándole el deseo de unirse con ella, « es necesario, le » dijo, que yo haga la fortuna de mis » parientes para hacer despues la nuestra. » Ambos á dos eran dignos de esta convencion generosa.

Los trabajos que contribuyeron á ilustrar igualmente que á enriquecer al caballero Romilly, le pusieron bien pronto á la cabeza del foro ingles. Hecha una de las dos fortunas que se habia propuesto, hizo de ella el sacrificio á su familia, y comenzó á seguir trabajando para sí, ofreciendo entonces la mano á la muger, que habia esperado esta felicidad con constancia, y visto sin afligirse que esta se retardaba por el cumplimiento de un deber que habia prescrito al caballero Romilly su extremada delicadeza.

Desde esta época dieron ambos ejem-

plo de todas las virtudes domésticas: Lady Romilly no vivia sino para su marido; estaba animada de su valor; y asociada á él con una dulzura inalterable, habia adaptado sus horas y arreglado, segun las necesidades del trabajo ó de distraccion, su sociedad y toda su vida: no tenia sus placeres sino en la gloria del hombre que amaba: bella, religiosa, amiga de la libertad, sensible, enteramente entregada al obsequio de su esposo; merecia que se le aplicase este verso de Milton,

El para la patria; ella para la patria y para él.

Esta inclinacion recíproca y estas virtudes no quedaron sin recompensa: despues de muchos años de una union, que nada habia sido capaz de turbar, esta muger excelente ha visto al caballero Romilly vencedor de un ministerio, que en el orgullo de su poder habia creido triunfar sin trabajo de una popularidad

merecida por el valor, por la actividad, la integridad y las luces. Ella vió estrellarse á los pies de su esposo las astucias de la corrupcion, las vociferaciones de la calumnia, y las amenazas del poder. Ella le vió rodeado, estrechado y saludado por un pueblo inmenso que hacia resonar los aires con su nombre, dándole una multitud de aclamaciones nacidas del corazon.

Los antiguos decian que la suerte tiene un no sé qué de envidioso y de pérfido. En el momento en que Lady Romilly gozaba de este modo de una gloria pura é incontestable, que refluia sobre ella misma, era ya atacado de una enfermedad mortal, que preparaba su fin prematuro. En el momento en que Romilly recibia de la opinion de un pueblo independiente la recompensa mas preciosa que un ciudadano puede obtener, le amagaba en silencio el terrible golpe que debia robarle lo que le era mas amable en

este mundo, lo que habia hecho la esperanza de su juventud, lo que habia sido el objeto de sus trabajos, el consuelo en los dias penosos de su vida, y el ornamento mayor en todas sus felicidades.

Aquí, señores, por no exponerme á las interpretaciones hipócritas de la árida y austera maledicencia, que hace consistir toda su moralidad en el rigor de sus juicios, y para que no parezca que justifico yo una accion que en el hombre, cuya pérdida lloran todos los amigos de la libertad, no fue sino el efecto de una razon vencida por el dolor<sup>(1)</sup>; os presentaré el juicio dado por los Ingleses mismos sobre este acontecimiento deplorable. « Por largo tiempo ( dice el mas estimado de los periodistas M. Perri, » redactor del *Morning Chronicle*, hom-

(1) Tiene esto relacion con la desgraciada muerte que se dió á sí mismo el caballero Romilly por un afecto del trastorno en que estaba su imaginacion.

» bre íntegro é ilustrado , á cuyo carác-  
 » ter hacen justicia todos los partidos ),  
 » por largo tiempo llorará este pais la  
 » pérdida de tan grande y excelente ciu-  
 » dadano. Cada lágrima derramada so-  
 » bre su tumba será una ofrenda que se  
 » hará á la virtud. » Sir Samuel era tan  
 dulce y tan digno de ser amado en su  
 vida privada , quanto independiente y  
 firme en su vida pública. ¡ Cuán fuertes  
 no debieron ser los afectos de melancolía  
 cuando llegaron á destruir en un instante  
 la sólida y magestuosa fuerza de la razon  
 que habia merecido nuestra admiracion  
 y nuestra confianza ! Aquella razon que  
 le distinguia , la union de la sensibilidad  
 mas profunda con las resoluciones mas  
 enérgicas , la combinacion de todo aquello  
 que es tierno y de lo que es fuerte , le  
 presentan á la naturaleza humana bajo  
 un punto de vista que impone al mismo  
 tiempo á nuestro respeto y á nuestro  
 amor. ¡ Plegue al cielo que si la causa

primera , que preside al destino de los  
 hombres , echa sobre la tierra algunas  
 miradas de compasion , las extiende so-  
 bre una accion que ha tenido su origen  
 en el exceso mismo del mas bello atri-  
 buto de nuestra naturaleza , en la union  
 íntima con un ser querido , y en la casi  
 imposibilidad de poder sobrevivir al  
 primer objeto de los afectos de toda la  
 vida !

Su muerte fue un luto general para la  
 Inglaterra ; y no hubo sino uno que se  
 atreviese á hablar contra su memoria en  
 un periódico. No añadiré una palabra mas,  
 señores , sobre este particular ; y pasaré  
 á hablar de otros menos desagradables.  
 El caballero Romilly en su calidad pri-  
 vada de jurisconsulto , y consagrando sus  
 talentos á defender las causas particula-  
 res en la corte de la chancillería y Cá-  
 mara de los pares , fue considerado casi  
 desde la entrada de su carrera como el  
 oráculo de la ley. Un personage que ha

ocupado por mucho tiempo y ocupa hoy los puestos mas eminentes del Estado, dijo una vez de otro que habia caido de un lugar mas eminente todavia al que le habian conducido sus facultades prodigiosas pero desordenadas, « que este » hombre era la ley viva. » Esta palabra, que es un absurdo cuando se hace por lisonjear á un déspota, llega á ser sublime, siendo verdadera, para un ciudadano que no está investido de otro imperio que el de la razon. Toda la Inglaterra aplicó este dicho al caballero Romilly. Su ciencia inmensa, su moderacion que no le quitaba nada de su energia, su profunda sagacidad, y su equidad incorruptible daban á las opiniones que presentaba á los jueces la fuerza y la gravedad de una autoridad judicial. Declarándose en favor de una causa, demostraba en este solo hecho justicia, y su nombre dictaba, por decirlo asi, la sentencia que habia de pronunciarse.

Pasemos ahora á hablar de su carrera pública. Un campo mucho mas vasto se abre aquí delante de nosotros. Sin duda las virtudes privadas son dignas de toda nuestra veneracion; pero los servicios hechos á un pueblo entero se colocan en un lugar mucho mas distinguido. ¡ Dichoso aquel que puede hacer bien á sus contemporáneos; ¡ mas dichoso todavia el que al mismo tiempo que á sus contemporáneos puede dispensarlo á las generaciones que se suceden! La naturaleza ha puesto entre estas una noble correspondencia: ellas se ilustran sin verse, y se enriquecen sin conocerse. Las verdades útiles forman una masa eterna, á la cual cada individuo lleva su tributo particular, bien seguro de que ningun poder será capaz de quitarle la menor parte de este tesoro inagotable. El amigo de la libertad y de la justicia lega de este modo á los siglos futuros la mas preciosa parte de sí mismo; la pone al abrigo de la in-

justicia que la desconoce y de la opresion que la amenaza; y la deposita en el santuario, al cual jamas podrán acercarse las pasiones viles ó feroces. Aquel que por la meditacion descubre un solo principio; aquel cuya mano traza una sola verdad; aquel cuya elocuencia establece victoriosamente una institucion saludable, puede sin inquietud abandonar su vida á los pueblos y á los tiranos, tan injustos muchas veces los unos como los otros. Pero él no habrá existido en vano; y su pensamiento queda impreso sobre el todo indestructible, á cuya formacion nada puede impedir que él haya contribuido.

La idea dominante de Sir Samuel Romilly y su ocupacion principal en todo el curso de su vida fueron el mejorar las leyes criminales de Inglaterra. Aquí, señores, debo yo procurar desvanecer una confusion de ideas que no ha dejado de tener lugar en los ánimos de muchos.

Nosotros no distinguimos suficientemente la legislacion penal de Inglaterra en su procedimiento criminal. La legislacion penal entre los Ingleses es bárbara, como la de todos los pueblos que han conservado las leyes de los siglos anteriores y menos ilustrados, y por consecuencia menos humanos y menos justos; pero las fórmulas de los procesos en Inglaterra, el espíritu que anima á los jueces, el poder casi discrecionario, que la excesiva severidad de la legislacion hace que en la práctica caiga en sus manos; en fin, y mas que todo, la institucion de los jurados corrigen esta legislacion rigurosa.

Para conocer bien el sistema de Romilly era necesario leer las observaciones que publicó en 1810 sobre las leyes criminales de Inglaterra. Allí veriais, señores, que en ningun pais hay tanta variedad de acciones humanas que se castiguen con la pérdida de la vida; que en

tiempo de Enrique VIII perecieron legalmente y por mano del verdugo setenta y dos mil personas; y que en el de la reyna Isabel se ejecutaron cada año cuatrocientas sentencias de pena capital. Allí veriais que el acto de robar en una tienda un objeto de precio de mas de seis libras de nuestra moneda, y algunas veces el valor de veinte y cinco sueldos de Francia, ó el de robar aves en una posesion cerrada, es un crimen capital. Pero tambien veriais que, como sucede siempre cuando las leyes son atroces, no son ejecutadas; y que desde el año 1803 hasta el de 1810, de mil ochocientas setenta y dos personas puestas en juicio por estos actos, una sola sufrió la muerte.

Este sistema de mantener una legislacion feroz en su principio, y de endulzarla por la práctica, habia sido defendido por escritores célebres. Todo lo que existe, como todo aquello que ha existido, tiene el privilegio de encontrar de-

fensores. Estos apologistas pretenden que es bueno el que la ley haga una red muy extensa, envolviendo en ella bajo nombre de crímenes todas las acciones contrarias al orden público, para sobre-coger todos los ánimos con un terror uniforme; y que la práctica debè dejar despues, tanto á los jurados que pueden declarar, que un hecho que está demostrado no consta, como á los jueces que pueden desviar la aplicacion de la ley, ó al monarca, supremo depositario de la clemencia, la facultad discrecionaria de modificar estos rigores excesivos.

El caballero Romilly prueba muy bien, que un sistema semejante no es en el hecho sino una suspension continua de la ley escrita, es decir, una arbitrariedad organizada que vale mas sin duda que la aplicacion inexorable de las leyes sanguinarias, pero que produce una incertidumbre desastrosa sobre todas las consecuencias de las acciones humanas, y

transforma la legislación penal en una lotería de muerte, en la que se distribuyen lotes desiguales según los diferentes caracteres de los jueces, según su disposición momentánea, y según la impresión que en ellos hacen los recuerdos de lo pasado, ó la sensación que en los mismos producen las emociones presentes en los momentos en que van á pronunciar su terrible fallo.

Hace justicia de un modo brillante á los jueces de Inglaterra; y á pesar de la resolución que he hecho de no detenerme en la vastísima carrera que vosotros habeis querido que recorriese, cedo no obstante á la necesidad de citar algunas de sus palabras interesantes y verdaderas: « nadie, dice, puede asistir á las sesiones de nuestras cortes criminales, y observar la conducta de sus miembros sin verse profundamente conmovido del cuidado con que los jueces se esfuerzan á cumplir sus importantes de-

» beres para con el público. Su perfecta  
 » imparcialidad, su deseo de evitar el  
 » error, y de proteger la inocencia per-  
 » siguiendo el crimen; aquel no distin-  
 » guir de modo ninguno entre el rico y  
 » el pobre, el poderoso y el oprimido,  
 » son hechos que se ven todos los dias,  
 » y que se aprecian dignamente por la  
 » nación entera. Sobre estos puntos esen-  
 » ciales todos nuestros jueces están ani-  
 » mados de un mismo espíritu; y sean  
 » las que quieran sus opiniones, ellos ca-  
 » minan siempre sobre la línea de la in-  
 » tegridad con un paso uniforme. » ; Di-  
 choso el país en el que la oposición puede atestiguar de este modo en honor de la autoridad judicial! No puede negarse que la constitución inglesa ha heredado muchas imperfecciones, y que ha sufrido unas alteraciones alarmantes; pero la administración de la justicia conserva no obstante largos hábitos de libertad, sus formas tutelares, sus escrúpulos delicados.

dos, su respeto religioso por el derecho de la defensa, y los sagrados privilegios por la desgracia. En Inglaterra jamas los jueces interrumpen al acusado, ó si le interrumpen es para ilustrarle cuando se perjudica, y para preservarle de sí mismo: no le rehusan la libertad de responder, despues de haber oido tambien del mismo modo al acusador: estan muy lejos de hacer un mérito de agravar la suerte de un desdichado, que se halla ya en una situacion demasiado penosa, por medio de cuestiones capciosas, por apóstrofes insultantes, ó por comentarios irónicos: no afligen con un suplicio anticipado á aquel que no es objeto todavía sino de sospechas quizá erróneas, obligándole á oír en silencio los ultrajes que podrian podigarle la vanidad, el amor miserable del suceso, y la pueril ambicion de mostrarse elocuentes cuando no se debe pensar sino en ser justos. Asi los jueces en Inglaterra no se quejan de modo

ninguno de que el orden judicial no esté suficientemente respetado. Los hombres no tienen interes jamas en echar á tierra aquello que les protege, y el instinto nacional respeta siempre aquello que es respetable.

Pero haciendo públicamente profesion de su estimacion á favor de los individuos, á los cuales está confiada la distribucion de la justicia; el caballero Romilly queria que la seguridad de los ciudadanos dependiese de las leyes y no de los hombres. Sabia que las garantías que no se apoyan sino en las virtudes personales, son precarias é insuficientes, y que el orden social existe precisamente cuando los hombres no se ponen en el lugar de la ley. Queria por consecuencia reformar la legislacion penal de su patria: lo consiguió en alguna parte; pero su muerte prematura privó de un beneficio tan singular á la Gran-Bretaña, la cual, sin esta desgraciada ocurrencia, hubiera